

El encuentro de dos mundos

El otro - El espejo*

GABRIEL ALBA GUTIERREZ **

*A la memoria de Sandra Liliana Cifuentes,
mi sobrina, a quien nunca le dije cuanto la quería.*



«El encuentro de dos mundos» ha sido la relativamente feliz expresión que se encontró para desembarazarse del eurocentrico *descubrimiento*.. No quiero que se crea que deseo revivir la polémica ya conocida por todos acerca de la celebración del quinto centenario del descubrimiento. Sabemos bien que desde la primera mitad de los ochenta se crearon comisiones nacionales en España y América Latina, como también en Italia, para preparar el año conmemorativo. Numerosas comisiones y comités comenzaron a publicar revistas y folletos sobre el aniversario en 1992. En América sólo Canadá y Brasil no participaron en ellos, o sólo lo hicieron marginalmente. Al principio, fue el gobierno cubano el único crítico frente a la euforia que comenzaba a extenderse por iniciativa oficial de los países citados.

Cuba lanzó la tesis del exterminio, la explotación y la violación desde hace 500 años. España e Italia hablaban -al modo tradicional europeo- de «500 años de historia del descubrimiento de América», con

* Este artículo es una corrección y ampliación de la conferencia presentada por el autor en la Feria Internacional del Libro realizada en Bogotá en mayo de 1992.

** Comunicador Social de la Universidad Javeriana. Actualmente es profesor del área de Teorías de la Comunicación y Director del Programa de Investigación de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana.



Cristóbal Colón como figura central. Estados Unidos, Haití y República Dominicana centraron sus preparativos en la persona de Colón, relegando el significado histórico a un segundo plano. México hablaba rechazando expresamente el concepto de descubrimiento, de «encuentro de dos culturas».

Podríamos esbozar en cinco, las posiciones básicas más destacadas que se tomaron -por así decir- oficialmente sobre el aniversario: Una, el desinterés por el acontecimiento. Otra, la acentuación del descubrimiento de América. Una tercera, la limitación a la personalidad histórica de Colón, sin importar las consecuencias históricas de su viaje. Cuarta, el realzar concientemente las consecuencias históricas, interpretándolas como proceso de mestizaje bajo la bandera del «encuentro de dos culturas». Y finalmente, el rechazo radical bajo el aspecto negativo de «500 años de opresión y explotación».

La sublimación del aniversario a una cuestión política, sus dife-

rentes interpretaciones a ese nivel y los esfuerzos a ello unidos, hicieron que, muy rápidamente, se propagara una oleada de polémicas, controversias y disputas más o menos eruditas en los círculos intelectuales y en una opinión pública amplia. Las disputas en torno al significado del aniversario, la validez o invalidez de la conmemoración y la interpretación de su historia, tanto en un sentido estricto o en uno más amplio, tomó en los países citados unas dimensiones insospechadas. Los debates llegaron a ocupar incluso los titulares de los diarios más importantes. Aparecieron iniciativas de todo tipo para interpretar el aniversario de uno u otro modo, que llamaron insistentemente la atención a través de dichos medios impresos.

Bien, pues no es aquí en esta polémica política, ideológica e histórica en donde quiero ubicar mi reflexión. Deseo más bien pensar desde la comunicación y lo que ella tiene de cuerpo y en el cuerpo. Entonces más que «encuentro de dos mundos» o «encuentro de dos culturas» por qué no hablar de «encuentro entre dos cuerpos»? ¿No fueron acaso dos seres con aspectos físicos diferentes los que se encontraron, se miraron, se sorprendieron el uno al otro, y uno de ellos -el más pequeño, frágil y dorado- fue dominado, y también masacrado y exterminado?...

El otro

De ese encuentro con el otro, Alicia Dujovne¹ -a quien seguiremos aquí muy atentamente a lo largo de muchos párrafos- saca una colosal consecuencia: dice que si el descubrimiento de Colón ha de celebrarse, debe hacerse en el sentido que se revela en el sonido de estas palabras: «**mépris, méprise, mépris**»; es decir, en el sentido del humor (lástima que en español no se mantenga este juego sonoro y humorístico: aquí suena «desprecio, equivocación y mestizaje»), manteniendo el sentido, pero dejando de lado lo más importante: el ritmo). Porque aquel que nos sueña, que sueña nuestra historia, aquel que nos ha soñado, debe despertarse de tiempo en tiempo para sonreír como un «indio», para reírse como un español, imaginando la utilidad involuntaria del malentendido y del odio, que ha hecho nacer esta criatura planetaria que es América Latina, futuro de nuestra especie, de todas las sangres y de todas las nostalgias mezcladas.

Llama poderosamente la atención, que en el encuentro entre dos cuerpos, el del conquistador y el del dominado, perdure en la memoria del indio, la **risa** del español. En efecto, Alicia Dujovne recuerda que ciertas tribus que aún hoy habitan en Guatemala, expresan en sus bailes el encuentro con el español. «En estos bailes», dice, «representan a los funcionarios españoles con sus pelucas doradas, sus antiparras y sus paraguas, pero se escucha, sobre todo, un instrumento que imita el sonido de esa risa inolvidable. Una risa que ha debido conmover fuertemente las conciencias para que cinco siglos más tarde la recordemos todavía.»²

¿Qué tenía pues de extraordinario -se pregunta Dujovne- este reír, fuera de la ambición grosera que la hacía estallar así? La respuesta es simple:

los «indios» no reían. «Ellos sonreían con una finura que hacía reflexionar abundando en el sentido frente a esta equivocación original: desde el punto de vista de su sonrisa, esta gente frágil y dorada, con los ojos ensoñadores, con los pies ligeros, parecían asiáticos. Pero intentemos sentir la admiración «frente a»: la admiración de los indígenas frente a las bocas de los españoles que se abrían, rojas y brillantes de saliva en medio de una selva de barba y de bigotes (los indios eran imberbes), dejaban salir un sonido que raspando la garganta, se dispersaba por todos los alrededores. Espectáculo observado además desde abajo (los «indios» eran más pequeños), una posición no muy privilegiada, pero que permitía captar, bajo un punto de vista particular, las narices prominentes y rojas, o los agujeros llenos de pelos, la tez un poco anaranjada, brillante y grasa -mientras que los «indios» tenían las narices planas y con poros invisibles-. Cabelleras desgreñadas dirigidas con horror hacia estas cabelleras largas y li-



¹ Alicia Dujovne, «Le mépris, la méprise et le mépris», *Magazine Littéraire*, 1992 (269), p. 56

² *Ibid.*, p. 57.

sas de las selvas tropicales. Este encuentro ha quedado grabado para siempre en la memoria y en la imaginación de cinco siglos».³

Este es tal vez, el testimonio más vivo que tenemos de la «impresión» que le causó el encuentro con el otro al «indio», ya que poco sabemos de esa percepción. A través de las notas de Colón apenas tenemos una idea, y bastante vaga, de ello; una información viciada por el hecho de que Colón ya ha decidido de antemano sobre todo: y como el tono, durante el primer viaje, es de admiración, los indios también deben ser admirativos. «Y otras cosas muchas se pasaron que yo no entendía, salvo que bien vía que todo tenía a grande maravilla» (Diario, 18.12.1492): aun sin entender, Colón sabe que el «rey» indio está en éxtasis frente a él. Es posible, como dice Colón, que se hayan preguntado si éstos no eran seres de origen divino; lo cual explicaría bastante bien su temor inicial y su desaparición frente al comportamiento humano de los españoles.

En cambio sabemos relativamente bastante de la «impresión» del español frente al otro. Los diarios de Colón han sido estudiados y analizados de diferentes maneras pero no conozco -dentro de mi limitada información- una interpretación más rica y mejor narrada que la que hace Todorov⁴ del problema del otro. Mirando las relaciones entre Colón y los indios Todorov dice: «Colón sólo habla de los hombres que ve porque, después de todo, ellos también forman parte del paisaje. Sus menciones de los habitantes de las islas siempre aparecen entre anotaciones sobre la naturaleza, en algún lugar entre los pájaros y los árboles. «En las tierras hay muchas minas de metales y hay gente (en) inestimable número» («Carta a Santángel», febrero-marzo de 1493). «Simpre en lo que hasta allí había descubierto iba de bien en mejor, así en

las tierras y arboledas y hierbas y frutos y flores como en las gentes» (Diario, 25.11.1492). «Las (raíces) de aquel lugar eran tan gordas como la pierna, y aquella gente todos diz que eran gordos y valientes» (16.12.1492): bien se ve de qué modo se introduce a la gente, al abrigo de una comparación necesaria para describir las raíces. «Aquí fallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, salvo algunas que eran ya de edad de diez ocho años. Y ahí había perros mastines y branchetes, y ahí fallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería como la mitad de un castellano» (17.10.1492): esta mención de los perros en medio de las observaciones sobre las mujeres y los hombres indica claramente en qué registro quedarán integrados éstos».⁵

Pero Todorov continúa mostrando cómo la desnudez es percibida por Colón como una situación negativa, como privación. El cree -Colón- que el hombre se hace tal y se distingue de los animales, precisamente por el hecho de estar vestido: «La primera mención de los indios es significativa: «Luego vinieron gente desnuda...» (12.10.1492). El asunto es cierto; no por ello es menos revelador el que la primera característica de esa gente que impresiona a Colón sea la falta de ropa -la cual a su vez simboliza la cultura (de ahí viene el interés de Colón por las personas vestidas, que podrían integrarse más a lo que se sabe del Gran Kan; está un poco decepcionado por no haber encontrado más que salvajes). Y vuelve la afirmación: «Desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres los parió (sic)» (6.11.1492). «Este rey y todos los hombres andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres sin ningún empacho» (16.12.1492): al menos las mujeres hubieran podido hacer algún esfuerzo. A menudo sus observaciones se limitan llanamente al aspecto físico de la gente, a su estatura, al color de su piel (más apreciada en la medida de que es más clara, es decir más semejante). «Ellos son de la color de los

³ Ibid.

⁴ Tzvetan Todorov. *La Conquista de América: el problema del otro*. México: siglo XXI, 1991.

⁵ Ibid, p 44

canarios, ni negros, ni blancos» (12.10.1492). «... que son blancos más que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España» (13.12.1492). «Hay muy lindos cuerpos de mujeres» (21. 12.1492). Y concluye con asombro que, aunque vayan desnudos, los indios parecen estar más cerca de los hombres que de los animales. «Todas aquellas gentes isleñas e de la tierra firme de allá, aunque parecen bestiales e andan desnudos, (...) les parecieron ser bien razonables e de agudos ingenios» Bernáldez.»

Todorov nos habla de las interpretaciones de Colón y de los suyos, que son extremadamente sesgadas, pero no nos menciona nada de sus impresiones sensibles (bueno la verdad Colón tampoco escribe sobre eso porque sus impresiones son religiosas más que estéticas): «Los indios», físicamente desnudos, también son para los ojos de Colón, seres despojados de toda propiedad cultural: se caracterizan sobre todo por la ausencia de costumbres, ritos, religión (lo que tiene cierta lógica, puesto que, para un hombre como Colón, los seres humanos se visten después de su expulsión del paraíso, que a su vez es el origen de su identidad cultural). Además, también está su costumbre de ver las cosas como le conviene, pero es significativo el hecho de que lo lleva a la imagen de la desnudez espiritual. «Me pareció que era gente muy pobre de todo», escribe en el primer encuentro, y también: «Me pareció que ninguna secta tenían» (12.10. 1492). «Esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley» (4.11.1492). «Ellos no tienen secta ninguna ni son idólatras» (27.11.1492).

Ya se sabe que los indios están desprovistos de lengua; ahora se descubre que carecen de ley y de religión, y, si bien tienen una cultura material, ésta no es más digna de atraer la atención que su cultura espiritual: «Traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir» (13.10. 1492): lo importante, claro está era la presencia de los papagayos. Su actitud frente a esta otra cultura es, en el mejor de los casos, la del coleccionista de curiosidades, y nunca la acompaña un intento de comprensión: al

observar por vez primera construcciones con trabajo de albañilería (durante el cuarto viaje, en la costa de Honduras), se conforma con ordenar que arranquen un trozo para guardarlo como recuerdo.»

Tomemos un párrafo más de Todorov para mirar lo aguda que es en su interpretación de los diarios y la incapacidad de Colón para reconocer al otro, para reconocer la diferencia: «No tiene nada de asombroso el que esos indios, culturalmente vírgenes, página blanca que espera la inscripción española y cristiana, se parezcan entre sí. «La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de las misma estatura» (17.10.1492). «Vinieron muchos de esta gente, semejantes a los otros de las otras islas, así desnudos y así pintados» (22.10. 1492). «Esta gente (...) es de la misma calidad y costumbre de los otros hallados» (1.11. 1492). Ellos son gente como los otros que he hallado -dice el Almirante-, y de la misma creencia» (3.12.1492). Los indios se asemejan





porque todos están desnudos, privados de las características distintivas». ⁶

Todorov llega a una conclusión que me parece acertada a su mirada crítica sobre los diarios y de las relaciones de Colón con los indios: «Dado este desconocimiento de la cultura de los indios y su asimilación con la naturaleza, no podemos encontrar en los escritos de Colón un retrato detallado de la población. La imagen que de ella da obedece, en un principio, a las mismas reglas que la descripción de la naturaleza: Colón decide admirarlo todo, y la belleza física en primer lugar. «Muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras» (12.10.1492). «Todos de muy buena estatura, gente muy hermosa» (13.10.1492). «Son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hubieron hallado». (16.12.1492)».

Pero a pesar de lo poco comprensiva de esta mirada, y de lo estre-

cho del marco de referencia -especialmente estético-, esta manera de percibir y de juzgar caló profundo en la conciencia e imaginación de los mestizos, que serían los nuevos pobladores de América. Como continuación de este «encuentro», tener una nariz grande y roja, un pecho peludo, refr a carcajadas, se ha vuelto el único modelo prestigioso; en la degradación sutil de los racismos latinoamericanos el último escalón es el que corresponde a la piel, lisa y curva, para decirlo nuevamente con Alicia Dujovne, hasta el punto que, todavía hoy, muchas mujeres blancas de regiones con una fuerte población indígena, exhiben sus piernas sin depilar para mostrar que ninguna sangre dudosa corre por sus venas. La conquista de América ha tenido como consecuencia el auto-odio de los dominados, el horror de su propio cuerpo.



⁶ Ibid, p. 45

El espejo

Se ha hablado mucho de la violencia de los españoles y de su inclinación hacia la violación, pero no menos que del estudio de la reacción de los «indios» frente al conquistador. A esta, es a la que llamaré la figura del espejo. En efecto, los pueblos americanos respondieron a la presencia invasora mediante una rica gama que va desde el miedo sagrado a la prudencia diplomática, de la curiosidad infantil a la fiereza guerrera. Por ejemplo, sigamos una vez más a Alicia Dujovne, si para los aztecas y los incas, en donde las civilizaciones eran muy organizadas, en donde el individuo no podía tomar ninguna iniciativa, los españoles aparecen como dioses anunciados por sus antepasados, o por lo menos eso creía Colón que ellos creían (dioses blancos y barbados con un casco brillante y con cuatro patas -las de los caballos que suponían que hacían parte de sus cuerpos-); para los cazadores nómadas de las pampas argentinas, los blancos no fueron más que hombres, y los caballos no fueron más que bestias, motivo suficiente para empezar contra ellos una guerra sin cuartel. Estas guerras fueron casi las únicas entre los indios, que subvirtieron los términos de la violación: ellos secuestraban a las mujeres blancas incluso hasta finales del siglo XIX. Los aztecas y los incas, mediante el terror sagrado y el hábito a obedecer, intentan defenderse de una manera concertada, son todavía hoy los mestizos, mientras que aquellos de la Patagonia y de las pampas han sido exterminados hasta el último.

Los Guaraníes del Paraguay no recurren a ninguno de estos dos métodos, sino a una idea mucho más simple-pero que nos hace pensar: reciben a los españoles ofreciéndoles miel y mujeres -desnudas y cubiertas-, que hacía que los españoles se frotaran las manos explotando de excitación. En los tiempos de la conquista el Paraguay era apodado «el paraíso de Mahoma». Los españoles reconocen más fácilmente los hijos de este placer compartido que aquellos de la violación, y les llaman paternalmente «los hijos de la tierra». Hoy el Paraguay es el único país donde la lengua indígena se habla por todas las capas sociales, sin temor ni desprecio,

con un matiz de intimidad que orienta a los niños a dirigirse en guaraní a su madre, y en español a su padre respetado.

No hay que concluir que en Paraguay se haya dado una conquista idílica, el genocidio ha sido perpetrado desde el norte hasta el sur del continente, pero los paraguayos harían mal en comprender esta palabra que, para los mexicanos, sigue siendo la más injuriosa y que aparece en cada frase como una verdadera obsesión: «chin-gada», violada.

Intentar comprender estos detalles de reacciones diferentes que nos presenta Alicia Dujovne es útil para captar algunos malentendidos por parte de los «indios», desde el punto de vista del conquistador y del dominado. En cuanto al malentendido europeo, éste se conoce muy bien: frente a la América Latina, la Europa, siempre imaginativa y soñadora, persiste en comportarse como si este continente no tuviera una existencia real. Y el error de Colón ha sido tan impor-



tante, que parece que todavía va a durar. ¿Pero qué tipo de encuentro no se fundaría sobre el error? Cuando una relación no reposa sobre el poder, y cuando uno de los componentes de la pareja no es ni más fuerte ni más poderoso, ni está mejor armado, la primera mirada de cada uno se dirige a su propia imaginación, a su propia memoria y quizás a la misma realidad del otro. Y cuando un niño que no ha nacido del **desprecio** -como ha sido el caso de todos los mestizos latinoamericanos- ¿la mayoría de los niños de este mundo acaso no han nacido de una **equivocación** de la que se nutre la vida? El «descubrimiento» de América es así la imagen histórica más clara de la necesidad del error. Más allá del genocidio, de la esclavitud, las civilizaciones americanas destruidas y dispersas, de la miseria creciente a la cual la América Latina de hoy ha sido condenada, el mestizaje sale de este error, y posee, él también, una formidable realidad.

Una realidad, por otro lado mundial. Porque en 1492, no es únicamente el continente Americano el que se vuelve mestizo: es todo el mundo. Obnubilado o no por el enorme malentendido, esta primera mirada que se intercambian los europeos y los «indígenas» es ya mezclada para siempre. Misterio de los ojos: es suficiente ver al otro para sufrir una transformación profunda que ni la imaginación, ni la memoria... podrán disminuir. Realizar esta mezcla acaso no será lo que visualmente implica una fractura definitiva, enriquecimiento y agonía a la vez. 1492 es la fecha en la cual los habitantes del nuevo mundo y del viejo dejan de tener certezas únicas y se vuelven estas series de fragmentos esparcidos, toda esta cantidad de nostalgias, a menudo contradictorias, que es el alma mestiza.

En una de sus novelas, Alejo Carpentier nos describe un marinero español que en el Caribe, en medio de estas vastas crestas en forma de reclinatorio, sueña con los flamencos de pieles rosadas, y de nuevo en Flandes, suspira por estos reclinatorios lejanos... Este marinero como todos sus compatriotas que habrían visto, palpado, sentido las Américas, estaba ya mezclado, era mestizo,

irremediamente. Europa no se arriesga a volverse mestiza, como algunos temen: al menos en el alma, lo ha sido durante cinco siglos. Y esto lo reconoce también Todorov cuando dice que el descubrimiento de América, o más bien el de los americanos, es sin duda el encuentro más asombroso de nuestra historia. «En el «descubrimiento» de los demás continentes y de los demás hombres no existe realmente ese sentimiento de extrañeza radical: los europeos nunca ignoraron por completo la presencia de África, o de la India, o de China; su recuerdo está siempre ya presente, desde los orígenes (...) El encuentro nunca volverá a alcanzarse tal intensidad, si ésta es la palabra que se debe emplear: el siglo XVI habrá visto perpetrarse el mayor genocidio de la historia humana (...) el descubrimiento de América es lo que anuncia y funda nuestra identidad presente...»⁷

Celebrar esta fecha, 1492, justo cuando se abren las fronteras en el interior de Europa, y se desmiembra el Este, puede ser útil para reflexionar sobre este laboratorio del mestizaje -en el alma y en el cuerpo- que es América Latina. (La otra América, la del norte, ha sabido preservarse: el puritanismo ha impedido a los ingleses cometer estos errores necesarios para la vida, y por consiguiente amar a los «indios»). Hoy una vez derribado el muro que separa el Este del Oeste, la rica Europa intenta dirigirse al otro entre el norte y el sur. Apúremonos, aprovechemos a decirle que no vale la pena el mismo impulso vital y desesperado que, en tiempos de la conquista había llenado las venas de los americanos de sangre española, mezclada de sangre judía, pues era el tiempo de la inmigración de la sangre universal, vuelve hoy como se retorna, como se vuelca la arena en un reloj de arena. Bien rápido, el rostro humano se parecerá admirablemente a ese rostro latinoamericano en donde lo indígena, lo blanco, lo negro, lo asiático se confunden.

⁷ Ibid, p. 15